

La rebelión de los independientes de color: cosas sin aclarar

José Antonio Fornaris
Periodista
La Habana, Cuba

Hace un tiempo, en un viejo periódico de la época colonial, el *Diario de la Marina*, leí el anuncio: “Cambio negra joven por máquina de coser”. Ese tipo de clasificados nunca fueron extraños en una sociedad esclavista. Todos sabemos que los esclavos eran animales o cosas, por eso la esclavitud va más allá del racismo. En la historia de la humanidad hay esclavos de todos los colores y los esclavistas también han tenido diferentes colores de piel. Quizás la definición que le asignó José Martí sea adecuada: “la gran pena del mundo”.

Esa gran pena terminó en Cuba, oficialmente, en octubre de 1886. La República advino 16 años después y al poco tiempo surgió la *Agrupación Independiente de Color*, que aceleradamente se convirtió en partido político y concurre a las elecciones generales de 1908 sin ningún éxito. Al año siguiente, el Senado aprueba la Enmienda Constitucional presentada por Martín Morúa Delgado, que prohibía los partidos fundados en bases raciales.

Morúa Delgado era un hombre brillante, de piel negra, que en la Guerra de Independencia estuvo vinculado a Antonio Maceo, un mulato considerado el más grande general de la historia de Cuba, bautizado como Titán de Bronce, uno de los próceres más respetados y admirados. En la República, Morúa Delgado fue Presidente del Senado y Secretario (ministro) de Agricultura, Industria y Comercio del general presidente José Miguel Gómez. Morúa Delgado fue calificado

por el presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, José Manuel Carbonell, como “cubano amante de la libertad y del progreso de su tierra”.

Juan Gualberto Gómez, otro hombre ilustre, mulato, periodista insigne, muy ligado a José Martí, el Apóstol de la Independencia, votó a favor de la Enmienda Morúa. De Juan Gualberto Gómez se escribió: “Apasionado, utópico, sentimental, en su cielo de amores prendió el ideal la estrella solitaria de sus ansias y de sus martirios, y de ese cielo no han podido, ni podrán arrancarla, la ingratitud ni el desconocimiento de sus compatriotas”.

Sobre estos dos hombres hay un dato curioso: nunca nadie ha antepuesto a sus nombres, ni siquiera de manera cariñosa, el calificativo de “negros”. Y eso, en un país donde siempre la irreverencia ha tenido bastantes adeptos, dice mucho de la estatura que lograron.

De todas formas los Independientes de Color, capitaneados por Evaristo Estenoz, combatiente de la Revolución Independentista, se lanzaron en 1912 a la rebelión armada en zonas del oriente de Cuba. Se asegura que más de tres mil Negros, muchos masacrados, murieron en esa efímera rebelión. El presidente José Miguel Gómez los aplastó sin ningún tipo de contemplaciones. Y cuestión irónica: en la llamada Guerrita de Agosto (1906), que estalló contra las intenciones reeleccionistas del presidente Tomás Estrada Palma y propició la segunda inter-



Fundadores del Partido Independiente de Color

vención estadounidense, hubo un buen número de negros apoyando al general Gómez.

A tanta distancia en el tiempo, sin haber padecido sus frustraciones, sin haber compartido sus anhelos, sin haber sentido las desesperanzas de esa época golpeándote el rostro, es muy arriesgado, además de que siempre será injusto, sacar conclusiones definitivas sobre ese nada afortunado acontecimiento de la historia patria.

No obstante, utilizando argumentos que tienen posibilidad de ser válidos en diferentes tiempos, es posible decir que es un error lanzarse a eventos en que se pone en juego la vida e intereses propios y de otras muchas personas, sobre todo cuando las posibilidades de éxito son muy pocas o prácticamente nulas. Y si esa acción va a propiciar al adversario, de cualquier índole, la posibilidad necesaria para destruirte, entonces el error es imposible de justificar.

La Enmienda Platt, colgada como apéndice a la Carta Magna cubana de 1901, establecía en su artículo III: "Que el gobierno de Cuba consienta que Estados Unidos pueda ejercer el derecho de intervenir para preservar la independencia cubana, mantener un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, y para cumplir las obligaciones que con respecto a Cuba han sido impuestas a Estados Unidos por el Tratado de París y

que ahora deben ser asumidas y cumplidas por el gobierno de Cuba".

La República estaba recién estrenada y es de suponer que los políticos y los portadores de capital monetario, tanto nacionales como extranjeros, no quisieran la tercera intervención estadounidense, porque eso les ponía todos sus asuntos patas arriba. Y también, no hay porqué dudarlo, se supone que la mayoría no lo deseaba por motivos totalmente cívicos.

Solo por eso, sin entrar a valorar si les hacía gracia o no que gente de la raza que había sido esclava hasta hacía nada más que un cuarto de siglo, quisieran imponer sus puntos de vista, válidos o no, justos o equivocados, a través de la fuerza, el alzamiento tenía muy pocas o ninguna posibilidad de triunfo.

No favorezco nada que tienda a etiquetar por ninguna razón a los individuos. No estoy siquiera de acuerdo con el modismo de anteponerle a los negros y mulatos el calificativo distintivo de "afro". Sobre todo en Cuba, donde los primitivos habitantes no parecen haber dejado descendientes y donde por su condición de isla, los ancestros de muchas generaciones de sus pobladores pertenecen a otras partes del mundo. No obstante, me uno a los que creen, a un siglo de distancia, que todavía hay muchas cosas que necesitan ser aclaradas en la rebelión armada de los Independientes de Color.